

# HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

A LAS OCHO, a las ocho en punto de la tarde. Si un Diablo Cojuelo destapara las dignas casas de nuestra cultura y recreación, desde la solemne cúpula ateneística hasta las tejas, cómplices de goteras, que cubren algún casinillo provinciano...

Es, más o menos, la hora nacional de la conferencia. Y de sus asimilados el pregón festero, el cine con coloquio, la muestra de cuadros con palabras previas, la presentación de un libro oloroso a tinta reciente. El género puro, nos parece, está en la conferencia propiamente dicha. Es lo más severo, lo que menos permite el subsiguiente guateque cultural de copas y cosillas de picar. En la conferencia sólo bebe el actuante. A veces, sobre todo si andan cerca manos femeninas, puede encontrarse sobre la bandeja, junta a la jarra, una pequeña servilleta primorosa. Los conserjes tienden, a lo cómodo; ahora lo arreglan con una botella de agua mineral. Pues lo que decimos de la conferencia, vale para el conferenciante: lo es por excelencia aquel que sobre tener algo que decir, y saber decirlo, cuenta con vocación y arrestos para echarse como viajante al campo de las estaciones y los autobuses -ahora también de los aeropuertos- misionero por tierras de España: aventura que pide técnicas y conocimientos subalternos al rigor intelectual -éste se le supone al artista-, pero de ninguna manera desdeñables.

Yo creo que esta última consideración habrá estado en la mente de un ilustre profesor cuando nos hacía la caridad de su "Carta sobre el arte de la conferencia". Sí señores, la caridad. Porque, ¿quién enseña lealmente, en esto de la literatura, los detalles prácticos del oficio? Los médicos, por ejemplo, van transmitiendo al discípulo el tesoro de su ciencia, que más debe ser usufructo que propiedad. Y el ebanista y el forjador y el confitero, ¿no acaban cediendo sus caros secretos a aprendices y oficiales? Un gran pintor puede admitir pupilos y adiestrarlos a su lado, pero yo no recuerdo de escritor alguno que acepte principiante o meritorio en su "taller". Al novicio de las letras se le enseñan mil cosas. Desde luego, Gramática; y lenguas muertas y lenguas vivas; y hasta lo más específico, la Preceptiva (que luego, a la hora de la verdad; tampoco es que valga demasiado). Pero raro es encontrar maestro para las peripecias que siguen a la escritura, como son el contratar; publicar; vender, en una palabra, el género que se produce; nobilísima mercancía, esto sí, pero mercancía

al fin.

-----

PUES bien: Moreno Báez, don Enrique, que tal se nombra el autor de la "Carta" glosada es autoridad -nos consta- para rigurosos y doctos y lúcidos estudios sobre la conferencia como género literario; y sin embargo, no desdeña aquí descender, si descender puede decirse, a los consejos de índole más práctica. Es la generosidad que queríamos aplaudir. Verbigracia: El conferenciante debe contestar pronto las invitaciones, aceptándolas o rechazándolas. No se cambie a última hora de avión o tren, pues con ello pudieran contrariarse los planes para un almuerzo o cena donde somos esperados. Precisar los honorarios. Desconfiar de quienes quieren una charla, no una conferencia, pues "una charla es una conferencia por la que quieren pagarte poco". No quedarse en el sitio demasiado tiempo, porque ello complicaría los gastos y el tiempo particular de los organizadores, pero tampoco estar de tren a tren, sin interesarse por las cosas locales. Repasarse uno antes de la faena... y aún siguen pragmáticas consideraciones sobre la altura del atril, muchos detalles de agradecer. Con todo, la "Carta" no es exhaustiva -ni su firmante lo pretende-, y acaso el autor debiera seguir sobre ella, convertirla en el vademécum que muchos necesitamos. Porque, si bien se mira, ¿quién podrá decir que en toda su vida no ha cometido un soneto, perpetrado una conferencia?

Si en buena mano está -el panderero para lo que a oficiantes se refiere, quizá nos decidamos nosotros, en nuestra modestia, a ensayar un día el complemento: la carta de marear para promotores de estos beneméritos actos. Yo acudiría lo primero a un despierto organizador con quien conviví en la Directiva de la institución mixta, de esas que atienden primariamente a las publicaciones de don Heraclio Fournier, secundariamente a los bailes... Y terciariamente al mejoramiento cultural de los socios. Aquel vocal delegado del Comité de Cultura que tal era su designación estatutaria, cumplía de maravilla, y sólo por intuición, las reglas del perfecto organizador de conferencias. En su carta de invitación no había ambigüedades. Con delicadeza, pero con claridad, indicaba las pesetas que el Círculo podía destinar al visitante, "siempre comprendiendo, admirado profesor, que la cortedad de nuestros recursos hace injusta la propuesta en relación a sus reconocidos méritos". Acaso se pasara un poco de la raya poniendo la cifra en letra y en número; no sé. Ningún cabo quedaba suelto sobre los gastos de viajes y alojamiento, tan perfecta y finamente iban puntualizados. Acompañábase horario de trenes y otras comunicaciones, así como folleto turístico de la localidad. Luego, culminadas satisfactoriamente las

gestiones, el maestro era recibido a pie del estribo, acompañado y agasajado, pero -aquí hay que recalcar las alabanzas- sin caer en la pesadez y el agobio.

-----

TODO eso, como se ve, alude al actor del suceso. El vocal delegado, sin embargo, consideraba que no hay conferencia si falta uno de los dos elementos esenciales: el que habla y quienes escuchan. Ocasiones hubo en que el público se desparramaba por pasillos y galerías, pero otras en que la presidencia se ponía de mil colores por la soledad de la sala. Entonces el organizador perfecto declaró que nada se podía organizar sin un número asegurado de oyentes. Y que si había un presupuesto para pagar al oficiante, prudente sería estirarlo hasta quitarse de desvelos. Así fue como nació aquella hueste insólita, algo parienta de los ancianos del asilo que acudían en tiempos a los funerales. Mediante un modesto estipendio -aumentado si televisan partido-, una veintena de ciudadanos, elegidos con cierta intención pluriforme, constituyen lo que se llama "el nivel mínimo de seguridad".

Nuestro vocal valía para director de cine:

-Usted al extremo. La señorita de las gafas, en primera fila.

-¿Aquí?

-Sí, gracias. Con un cuaderno para tomar notas, mejor.